





JOKINE



Kote Zubizarreta

JOKINE



Primera edición: diciembre 2019

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Kote Zubizarreta

ISBN: 978-84-17961-88-6

ISBN digital: 978-84-17961-89-3

Depósito legal: M-34576-2019

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A mi ama, Ana Mari Paiko



1

ARGENTO

Desde la ermita de San Cristóbal, en el monte Esquinza de Lorca, miraba con catalejo de tres piezas un joven emperifollado. El catalejo se movía casi imperceptiblemente siguiendo el ritmo de tambores y guitarras, que sonaban en la plaza de Lacar mientras sus huertes comían.

—Vuestra majestad, háganos la gracia de acompañarnos en el almuerzo.

Esto se lo dijo el general en jefe Fajardo a su rey, mientras lacayos y mayordomos apremiaban sus labores bajo la carpa con los colores reales.

La tranquilidad acompañaba a los más de 1.600 soldados que comían con alborozo, preparándose para ir a Estella y tomarla.

Por el sur, por Egiarte, el general en jefe carlista Mendiry, ordena a sus generales Pérula, Villanueva e Iturralde que ataquen. Por sorpresa.

Miles de tiros por avancarga, cañonazos y pasadas con sable a degüello, formaron una terrible turbulencia de horror y sangre por la plaza y las calles del pueblo, extendiéndose a los campos.

El joven rey de padre ausente, escoltado y amurallado por sus más altos oficiales, fue rescatado de una captura obligada. Trasladado a posiciones seguras.

Un manto de espanto cubría el pueblo y parte del Yerri.

El olor dulzón y nauseabundo de la sangre muerta velaba como niebla baja aquel atardecer del tres de febrero de 1875.

Los carlistas victoriosos, se jaleaban entre sí, mientras menguaba el miedo del ataque. Los chillidos, los golpes y empujones, los juramentos eran mínimos para romper los más de 1.000 silencios que acogotaban Lacar.

Cuadrillas de soldados vencidos, diáspora de un aniquilado ejército, escapaban como podían.

Cuatro soldados, ninguno herido, se adentraban por la derecha del río Salado hacia el altillo del bosque. Se mantenían alerta y cercanos. Rodeados de un inmenso encinal, de momento a salvo. Tres hombres malcarados y un joven-viejo con sable corto y cuchillo, pero, sobre todo, con un pistolón de oficial. Con unos ojos que traían con ellos parte del infierno y del tormento de toda su vida.

El más rastrero y duro de los soldados huidos, ya caída la noche rompió a hablar.

—Esta guerra está perdida (mal vidente), yo me voy al norte. A Francia. Por donde paso, pillo. Quien me siga va, eso sí, detrás de mí. Me llaman Cainita.

—Voy por ahora contigo, Suarez.

—Cabrero.

—Tú, engendro —Cainita, dirigiéndose hacia donde suponía que estaba el del pistolón—, ¿no dices nada?

El hombre hizo movimiento de acercarse cuando se oyó el res-tallo de un percutor en alto.

—Bueno, viejo, como quieras. Hay que tirar para el río y subir aguas arriba.

Antes de Pamplona, tres caseríos habían pagado caro el estar en la ruta de *arriba* del Cainita. Para no ser perseguidos solo robaban y de noche. Arramblaban con todo lo que podían, escapando veloz y cautamente, a hacer kilómetros y esconderse.

En Alzuza comieron, casi caliente, el pollancón que preparaba la casera ante la boda del hijo. Capón, tortas con torreznos y una jarra sellada de vino. Para los furtivos desertores ese fue un banquete memorable, pena de tener que guardarse, si no, hasta hubieran cantado.

Aún era hora corta. Los efectos del vino y la jamada eran patentes en el Cabrero y Suarez. El chaval, Viejo, tenía la cabeza apoyada sobre una raíz, medio tapado con una manta de burro roída y gastada que había sustraído en una cabaña de pastor. El Cainita, sigiloso, estaba encima de él. Con una mano apoyada en el árbol y con la otra queriendo atrapar la culata del pistolón. Cuando en aquella posición precaria, hubo atenazado con sus dedos la madera del asidero, una sonrisa fugaz le vino y se le fue, al sentir en sus tripas como daba vueltas, buscando más órganos vivos, el cuchillo del Viejo. Cuando incrédulamente se enderezó, el sable corto, cortó su garganta primero, para ya muerto empujarlo con su punta.

Suarez y el Cabrero, despiertos por la llamada del temor, miraban al chaval mientras se deshacía de su ensangrentada manta de burro.

—Pásame la manta de este, Suarez.

Suarez se la echó por los aires. El joven-viejo se tapó con ella. La noche volvió a ser quietud. Quizás quitando el pequeño borboteo de la ya medio seca yugular del muerto.

Fueron pasando los meses entre escapadas y agazapadas, asaltos de hambre y hurtos de pobre, alguna paliza para conseguir algo del que no tiene nada. En Doneztebe, la guerra se debía de haber comido los perros, noche cerrada y ningún ladrido, unas paredes frías que presagiaban abandono, no había rechinamientos ni renqueo, era una casona de pasado patrimonio, en ella, encontraron monedas, unas pocas de oro. Un buen arreo para su subsistencia. Convivieron en un claro-tubo de unos seis metros de diámetro, en pleno cerrado de hayas, que el sol alumbraba justo a las doce del mediodía, en una chabola de maderas y terrones, dentro del bosque de Bertiz. La afortunada, una viuda de cazador furtivo. Casi fueron una familia. La Felisa, el Suarez y el Cabrero se arreglaron para ello. Fueron tiempos de un cierto sosiego. Cuando en Sunbilla, se empezaron a oír comentarios, tiraron por el río y luego para la frontera.



KATERINBEL

Desde que en la naviera Sherton-Douglas firmaran el acuerdo de venta con la Compañía Naviera del Golfo de Vizcaya, del buque Alliance de pasajeros, Rous Gómez, la esposa del director, el señor George Sherton Irendale, había dispuesto sus vacaciones para septiembre, San Sebastián. Residirían en el Palacete-Hotel Inglés. Después viajarían a Baiona, allí su hija Katherine conocería a su tío bisabuelo Isaac Gómez de la Espada. Volvería a pasear por las calles de Saint Spirit y a disfrutar de las siestas con el gorgoteo de la fuente, en Judetxe (casa del tío). Además, Rous estaba encantada de parlotear el castellano. (Su familia provenía de Toledo, expulsados por Cisneros, huyeron a Baiona, allí los volvieron a obligar a salir, desde 1602 viviendo en Londres. Una parte de la familia volvió a Baiona en el 1789, ella, Rous, sentía que, de pertenecer, pertenecía a Judetxe). Y, quién sabía, pudiera ser que cohabitasen con la casa real española, en sus regias vacaciones veraniegas. Rous Gómez se mostraba muy contenta. Muchos planes en la cabeza, torbellino de emociones y la aquiescencia de su marido.

El viaje fue agradable, el camarote magistralmente atendido y el paseo por cubierta placido. Cuando el Alliance ralentizó sus motores, dejando que el buque se deslizara de la escollera de la ría hasta pararlo delante de la isla de Santa Clara, los Sherton admiraban aquella perla de la naturaleza, que encerraba una concha de arena natural.

Los bajaron y les acercaron en lancha, los remeros aprovechaban las olas para buscar altura y velocidad, con el regocijo de la chiquilla.

Katherine, una quinceañera indómita que había sido bendecida con la raza de su madre y el genio de algún bandido sajón, prefería cazar y montar a caballo antes que las fruslerías de sus primas. No era fomentado, más bien, suavemente reprochado por su madre. La inteligencia, de natural despierta, estaba francamente auxiliada por sus institutrices y su padre, estando muy bien dotada, especialmente para los idiomas, hablando ya, el francés, el castellano y el inglés. Escribía y se entendía en italiano y alemán. Era una doña sin miedos, a la que todos adoraban. Quitando, quizás, a sus primas y doncellas.

No llovía, siendo las temperaturas agradables. Los paseos por la Zurriola y la vega del Urumea, inclinando parasoles y compartiendo tímidos buenos días y hasta luego, mientras las doncellas corrían detrás de la niña, que no paraba de lanzar *buques*, palos, al agua, saltando por las esparcidas piedras de la orilla, mojándose y mojándolas en sus intentos de retenerla. En cuanto a Rous, no hacía más que asustarla con los insectos que la traía, como las libélulas, para enseñarla aquellos colores tan metálicos que poseían. Además, sin protocolo ni medida, saludaba y cotilleaba con la alta alcurnia española en castellano.

El señor Sherton se mantenía ocupado de una comida a otra hasta acostarse. Las presillas de sus intachables pantalones, ya no les quedaba tela para arrinconarse. Los contactos de Madrid eran fiables, pero dónde se hacían los negocios, según aquellos petimetres de la corte, era en Bilbao. Una ciudad donde el cok inglés, estaba favoreciendo su crecimiento industrial, y en la cual, se invertían muchas libras en el puerto y la siderurgia.

El día 26 de septiembre, el director del Palacete-hotel se acercó a la mesa del periódico, con otro señor.

—Perdone que le moleste, señor Sherton.

Un gesto de consentimiento.

—Creo, con todo comedimiento, que el señor debiera de escuchar lo que este hombre le vaya a decir.

—Escucho.

El chicarrón hasta entonces en segundo plano se acercó.

—Mire, señor, me llamo Sagasta, soy de los voluntarios que ha puesto el ayuntamiento a disposición del rey y de ustedes.

Otra cabezada.

—Los carlistas están tomando posiciones con carros de cañones y nos tememos que mañana, pasado o, a lo más al otro, cañonearán la ciudad.

—Perdone de nuevo mi atrevimiento, señor, pero si usted quiere le puedo adelantar los carruajes para Francia, para mañana mismo.

Momentos de reflexión.

—Sagasta, ¿habrá problemas en la frontera?

—Señor, casi seguro. Si va en barco en estos días desde Hondarribia lo cañonearán también. Sea quien sea. Aquí don Félix el director y yo, suponiendo que a usted le parezca bien, hemos pensado que pudieran ir por el puerto de Ibañeta a Urrugne. Según la paga, yo mismo y algún compañero pudiéramos acompañarlos.

—Director, sea diligente y ténganos todo preparado para mañana a las siete. Contrate a este hombre y otro más. Carruaje cómodo y no mencione nada de la guerra a mi esposa. Luego pasará a firmar. Gracias y gracias a usted, Sagasta, y hasta mañana.

Con un poco de suerte, en el viaje y con el zarandeo pudiera bajar algo de peso. Luego en Judetxe le tocaría ayunar, mira que eran frugales estos judíos.

Por el camino, pasando por Ventas y de allí para soslayar contratiempos, a Meaka. Para bajar al río y seguir su vera. Sagasta hubo de enseñar un par de veces la pistola y bastón de mando, llegando sin contratiempos a Bera.

—Señor, permítame decirle que puedo hablar con la familia Churrut, amos de esa casa palaciega, y probablemente, como un favor les permitan pasar la noche.

- ¿Cuánto tardaremos, Sagasta, en pasar el alto?
—Señor, si no hay contratiempos, unas cuatro horas.
—¿A qué hora estaríamos en Urrugna?
—Fiando bastante, señor, a eso de las siete de la mañana.
—¡Adelante, Sagasta!

El camino por el río había sido bonito. El día, templado y despejado, permitía sacar el torso por la ventana, y dejarse enredar por las ramas bajas de la orilla. Pasaban y se cruzaban con muchos carros de bueyes, que, con su andar cansino, trasladaban mucha carga. Los arrieros, bien calada la boina, con el dedo gordo o la mano metida en la faja, dejando a la otra mano al mando de la vara, erguida y a la vista, mirando siempre al frente. Al cruzarnos, a lo más saludando con la vara.

Katherine, fijándose en las gentes y los caseríos, iba entretenida. Rous dormitaba sobre el hombro de su marido y el cabezal mullido. George repasaba papeles y números, menos cuando presentía algún problema, que de su manga aparecía un immaculado Derringer de cuatro cañones.

Para la chiquilla, ese Remington Derringer era conocido y muy querido. Siendo su mayor diversión, en la mansión de campo de la familia, más que las yeguas o los caballos, sustraerles las muñecas a sus primas, apoyarlas en el vallado y dispararlas con la pistola de su padre. Desde los diez años hasta los doce pasos, no se le resistía ninguna muñequita. Ni latas, ni baldes viejos, ni platos desportillados, etc.

Llegaron al alto cerrando la noche.

No llevaban ni un cuarto de hora en Laburdi cuando se percataron de un fuego que iba cogiendo consistencia en el camino.

Sagasta paró el carruaje con la pistola en la mano.

—¿Señor?

—Vayan a ver.

Trabaron el freno y bajaron con las pistolas preparadas. Katherine, de un brinco, abrió la puerta y saltó al suelo.

—Padre, déjame ir a ver.

Salió corriendo sin esperar la respuesta.

No habría dado veinte pasos cuando una manaza atrapó su boca. Ella pisó un pie con ganas. Fueron unas ganas cortas comparadas con la que le puso Suarez al golpearla con el puño en la sien. Se apagó. Se hundió en el mareo. El hombre se la echó a la espalda y al trote se esfumó.

En un minuto todo el mundo era consciente de la desaparición de la niña.

Las llamadas a su hija de parte de Rous, se oyeron hasta en la costa.

El compañero de Sagasta quedó al tanto de la anonadada madre, mientras, infructuosamente, Sagasta y George buscaron por donde pudieron.



ARGENTO

—Ese carruaje va a pasar la frontera de noche.

—Tiene dos armas al pescante, más las que haya adentro.

—Nosotros somos tres, Cabrero.

—Solo un pistolón.

—¿Tú qué dices, Viejo?

—Todo se puede hacer. Lo difícil es hacerlo bien.

—¡Vete a tomar por el culo, chaval!

—Tiene razón, Suarez. Si hacemos algo, que sea pensado.

Sudaban subiendo a marchas rápidas por mantener a distancia el carruaje.

—Si damos fuego al bosque y les hacemos salir en desbandada, algo haremos.

—¡La Virgen, Cabrero! Que dan media vuelta a los caballos y salen zumbando.

—Si hacemos, chaval, una hoguera delante de ellos, les obligamos a parar. Bajarán a ver qué pasa. Con el resplandor del fuego no verán cómo les zurrarnos, y luego a por el carruaje.

—Seguro, Viejo, que tú no eres un Luzbel errante de esos.

—Tú piensa que lo único seguro es que te puedo —tocando la culata del pistolón— hacer en la boca una derrama directa.

Montaron la fogata oyendo el jadeo de los caballos. La prendieron y con los ojos rasgados fueron acostumbrándose a la luz repentina. Habitándose, mascaban espera.

Cuando bajaron los cocheros a indagar, se alegraron, atentos. Los sables, garrotos y cuchillo estaban prestos.

De improviso, del carruaje saltó una mujer que corría hacia la hoguera. La atrapó un brazo en la noche. Desapareció. Viejo y Cabrera, entre juramentos tragados, también.

Ahora tenían problemas para habituarse de nuevo a la oscuridad, pero meses de solapados, les habían otorgado otros recursos. Como un oído muy fino.

Corrían y se pasaban la chica entre Suarez y el Cabrero. Esta con el lateral derecho de su cara hinchado ni se enteraba. Saco de costuras finas, inerte.

En un pequeño claro del bosque labortano, cerca de las rocas de Larrun, descansaban.

El Cabrero, haciéndose el gracioso, empezó a meter mano a la chica, y la hizo tanto daño o la incomodo tanto, que volvió en sí.

—Suélteme usted, asqueroso.

—Mira la *muadmasel* cómo habla cristiano.

—¡Suélteme!

Mientras los dedos del Cabrero intentaban separar sus pololos...

—¡Quieto, Cabrero!

—¿Qué mosca te ha picado, Suarez?

—Que yo también quiero...

—Detrás mío.

Suarez, con el sable en la mano:

—Una mierda...

La chavala, inconscientemente, sacó del corpiño una moneda.

—Tomad este Luis de oro y dejadme. Si me lleváis a Baiona habrá más.

—Ves, Cabrero, ahora nos la jugamos.

—¿Y Viejo?

—Que se quede con el oro.

—Hecho. Cara o Francia.

Mientras la moneda iba por el aire, Katherine miró al chaval. Sus miradas se reconocieron.

—Cara. Aparta, Cabrero. Que te la voy a dejar resbaladiza.

Suarez agarró los brazos de la moza y se los puso por detrás, después de dos sopapos fuertes, con las rodillas hincadas en el suelo y apoyándose con la cabeza, con la mano libre Suarez rompió los pololos.

Desde el suelo, dolorida, humillada, con barro en la boca chilló.

—¡Líbrate de ellos y te lo daré a ti! ¡Lo prometo, lo juro!

En un cuarto de segundo la acción resplandeció. Suarez miró al Cabrero y viceversa. Los dos miraron al chaval y el chaval a ellos. En el siguiente cuarto de segundo, Cabrero tenía reventado un ojo; sin difuminarse la pólvora del ambiente, la garganta de Suarez lucía un apósito con mango de acero. De la tetilla derecha del chico se tambaleaba la empuñadura de un sable.

Argento de pies, cerró los ojos apretándose la tetilla, tiró de alma con la mano desnuda. Cayó de rodillas apretándose aún la tetilla. Sonriendo a una despavorida y ensangrentada Katherine se desmayó.



XEXILE

Venía subiendo desde Sara, por caminos y prados. Cantando para adentro y para afuera. Recordando los días anteriores en las cuevas. Días gozosos, trámite necesario para el entendimiento de su vocación. Plena se sentía por su privativo reconocimiento, más el de los demás. Era sanadora de aquella espina dorsal abierta al cielo que era Pirineos.

Tenía el cesto a rebosar de Artemisia Abrotanum y por debajo de aquellas maravillas, flores y hojas, unas cuantas plantas de pastor que siempre venían bien para cortes o úlceras en el estómago.

A veces se le escapaba la risa de contenta que estaba.

Desde que tenía uso de razón, siempre trasteaba con los gatitos y los perritos. Corderos, y pajarillos que cogían sus hermanos, o los gatos de casa. El ganado se le acercaba a ella cuando estaban dolientes. A su paso por los senderos algún tordo la seguía y los pajarillos se mantenían en sus ramas. Ella disfrutaba de ello. Sabedora de ser parte del entorno.

A los nueve años conoció a Mari Polpol de Askain. La acompañó al caserío de Lurreme, donde Josepi-lili que era primeriza, estrecha y consentida, por ser la mayorazga del caserío, bramaba por parir. Bastante antes de llegar a la casa, desde la orilla del riachuelo ya se oían los gritos. Al cruzar la puerta, yo detrás de las amplias faldas de Mari Polpol, todo el mundo andaba revuelto. Mari Polpol se plantó en el centro de la cocina. Al poco toda la

casa estaba parada, quieta, menos la voceadora de la Josepi-lili. Subió las escaleras conmigo pegada. Entró en la habitación cuando un alarido desvinció alguna teja. El sopapo que le dio Mari Polpol, a la parturienta, recolocó todas las tejas y varió la punta del alar para siempre. A Josepi-lili la cara congestionada le cerró la boca. El miedo reverencial se reflejaba en sus ojos, en cuanto miraba a la curandera.

—Ahora toca callar. Respira tranquila; Lurreme tendrá otra mayorazga. Guapa como tú y más tranquila como el padre.

Le apartó las mantas, subió el camión y metió las manos por allí abajo.

—Tú mira bien, Xexile.

Con su pañuelo le quitó los mocos y las lágrimas a Josepi-lili, puso un codo sobre el vientre hinchado y ordenó.

—Empuja, empuja y chilla.

Echando todo su peso sobre aquel codo, la madre empujó y chilló y Maritxu nació.

Josepi-lili desde entonces le había cogido el tranquilo, porque ya tenía otros cuatro niños, uno al año casi, y hasta bien entrado los momentos finales, no se sacaba de la boca un pañuelo grande, mientras no apareciese la de Askain.

Antes de salir de aquel hogar, Xexile sabía que esa, sería su vida. Mari Polpol, por la niña, lo había sabido siempre.

Este año, por la metomentodo de Belén, se había enterado de que Mari Polpol iba a practicar una entresaca de mujeres para dejar suplencia. Ella, generalmente calmada, tenía de los nervios a toda su familia, bailando el caserío. Sus hermanos, por miedo a enfadarla y que no volviera a curarles las heridas, no salían de la cuadra, aunque rabiaban por ver quién era el valiente que le diera dos tortas y la callara.

—Quiero ir a Sara.

Repetición continuada.

—Quiero ir a Sara.

El padre y la madre intentaban hacerle entrar en razón.

—Mira que aún vas hacer 15 años.

—Más adelante, cuando estés más hecha...

Xexile a lo suyo.

—Que quiero ir a Sara.

Bonifacio, Boni el padre, no pudiendo más, se dirigió a exponer a Bitor, el señor de Imentzioenea, la ocurrencia de Xexile.

Después de escuchar con atención, Bitor hizo la señal de la cruz sobre la mesa, diciendo:

—¿Ha sangrado tu hija?

—Desde hace un año hay trapos secándose en las ramas.

—Pues que vaya.

El 20 de junio se juntaron en las campas de zelaxe una docena de chicas más la maestra Mari Polpol. Eran de Eleta, Kanpanzar, Arantzazu, Urizaharra, tres del Roncal Ustarroz, Isaba y Garde, dos de Aralar, Gaintza y Lakuntza, Gazeo, Zudaire y Luna.

Les comunicó que la noche del solsticio hicieran lo que quisieran, ahora bien, antes de que apareciese el sol por Aragón, todas a recogerse a la cueva. Ella les daría orden de salir o lo que supliese.

En la noche hubo hogueras, vino, sidra, toda la juventud de Askain, Senpere y Sara se reunió con ellas.

Se bailó, bebió, se desnudaron y lavaron en las fuentes, corrieron descalzos, desnudos, hubo besos, tocamientos, fornicaciones, risas y borracheras. Fue una buena acogida al Sol, al nuevo calor, de gran alegría y gozo.

En el momento que Xexile se vio embriagada por todos los sentidos, se apartó, buscando el río, se desnudó ante una poza de dos palmos de agua y se sumergió. Se le olvidó respirar. Al sacar la cabeza vio aún hombre, lo bastante mayor como para ser su padre, su cuerpo refulgía de blanco en la oscuridad de la noche, solo se libraban los brazos y del cuello para arriba, más su falo

erguido, turgente que apuntaba hacia ella la imponía, la excitaba y la sobrecogía.

El hombre la tomó suave, acompasadamente. No hubo daño ni rechazo. Sintió unos cuantos orgasmos que empezaron todos en su vagina para enredarse en sus tripas después y romperse hacia el cerebro, utilizando su columna como escaleras tecladas que tiraban de las cuerdas de sus músculos como el mecanismo del clavicordio.

Sentada y salvaguardada, con las piernas y brazos del hombre y apoyada en su amplio pecho, fue este quien le susurró al oído:

—Xexile, querida. Vístete rápido, el sol está por Cataluña.

Corriendo sin mirar dónde pisaba se zambulló en la cueva.

Algunos sitios a los que se dirigía estaban ocupados. Al final, al fondo a su izquierda, encontró un hueco para estar en la posición de los niños por nacer. Meó un poco apartada. Mientras meaba aún sentía gusto. Metiéndose en el hueco se arrebujió. El frío quiso cercarle y lo rechazó. Y soñó. Soñó hacia delante y hacia atrás. Vio lo que fue, lo que sería y lo que en esta vida haría.

Al tercer día a la tarde, una mano cariñosa y caliente la despertó y le ofreció agua. Según bebía vasos, la abrazaba insufiándole calor y la cantaba en el idioma de las piedras y del bosque que era como el suyo, lo comprendía, pero más antiguo.

Una chica no había llegado a entrar y las demás hacía tiempo que habían salido.

Mari Polpol le había preparado comida y aseo en casa de Txixo, el pequeño zapatero de Sara. Durante dos días hablaron y hablaron. Le mandó andar, por los caminos. Seguir los mandamientos de nuestra tierra y no perderse nunca.

Van pasando las fechas del tránsito del solsticio al equinoccio, y así nos encontramos ante este 28 de septiembre de 1875, donde San Sebastián es bombardeada por las tropas carlistas. Una chica es librada de la inmundicia, a la cual quedará atada por un breve periodo de tiempo, y donde otra niña Xexile, acólita de Mari Polpol, va no solo a meter la cuchara, sino a hacer el guiso.

Venía de Bidart, de cerrar un corte que llevaba semanas supurando. Los callos motivados por el trabajo duro y la falta de higiene, eran suficientes para mutilar a hombres como torres. En vez de volver a casa por los pasos, decidió ir a recolectar plantas por los altos y junto con sus pensamientos estar más cerca del cielo.

Se acercaba a Lakutxi, un pozo que se abastecía del agua que resbalaba por las rocas de Larrun, empezando a sentirse como inquieta. Fuera del anillo de hierba que envolvía al hayedo, a dónde se iba a recoger la poza entre el arbolado, se olía a sangre. Se acercó cautelosa, al claro formado por las ralas hayas y la franja nivelada de la poza.

Una pareja de chavales, Juan e Isabel, los amantes de Teruel. Juan en brazos de la pobreza y la muerte, e Isabel esplendida y rica, en brazos del agotamiento. Según lo iba pensando, de su cesta iba sacando las plantas de pastor, y de su petate al hombro tiras de trapos.

—Buenos días, soy Xexile y voy a salvar a este. Tú, por Katherine, conmigo serás salva.



KATERINBEL

Al desvanecerse el facineroso chaval tomó su pistolón y fue a rematarlo. Dos cosas lo impidieron. La primera que el chaval vivía y la segunda, que la pistola estaba sin carga.

Se sacó la camisola y haciendo dos partes con ella taponó los agujeros producidos por el sable. Con los pololos enteros, los ciñó al pecho y a la espalda, sujetando a la vez los pliegues de la camisola.

Le hizo una almohada con hierba, y tomando el cuchillo fue cortando helecho para taparlo.

No había tenido pulso para matarlo. De alguna manera le había salvado la vida.

—*That fuck you.*

Empezó a revisarle para encontrar su moneda. No la encontraba por ninguna parte. Antes de darla por perdida volvió a revisarlo, hasta que se dio cuenta de que tenía una mano cerrada. Aún desvanecido no pudo hacérsela abrir.

—Sin el Luis no me voy. Esperaré otro día. Si vive lo dejaré, y si muere antes, antes me iré.

El Luis de oro databa en su familia desde la peste negra de 1665 en Londres. Entonces los Gómez de la Espada mantenían cerca del astillero una casona donde almacenaban y vendían desde lanas y telas a préstamos de dinero. El mostrador, cara al público, lo llevaba Adir con sus aprendices. Era el guapo de la familia, vendía

los encajes bien. Adna el mayor, era el encargado de los tratos, ni su padre Abel leía expresión en su cara si Adna no quería. Abir el hermano pequeño, el viajero, el que se exponía a los lugares más remotos. Abel había nacido en Baiona en Judetxe, con pocos días lo habían trasladado a Londres, al appestoso Londres. Lo casaron con Sara, otra Sefardí catalana, de Barcelona. Huida la familia de ella a Marsella, los robos y la muerte acabaron casi con los Fortesa. Hasta que sus benditos padres mandaron dinero y a su tío EHUD con los Fortesa, reflotando el negocio del vino y trayendo a su amada esposa. El azucarillo que tan pronto se había diluido en aquella vida tan amarga.

Se la llevó el mal de pecho. El vivir al lado del río, aparte de excreciones y humedades, da dinero. Cuántas veces se había golpeado el torso, cuántas había rasgado sus camisas, para que, al día siguiente, su hogar, su familia, su tienda y sus negocios volvieran a embarrarse con miasmas. Le era más fácil cortarse un rizo que desanclarse de su comercio.

¡Ay, Sara! y ¡Ay, Baiona! eran sus mantras. Más ahora que tenía la casa entablada desde hacía días. Toda la casa una cáscara compacta de madera, resquicios y oquedades selladas. La peste había vuelto a aparecer. Todos estaban impacientes, él, hijos, criados y criadas. Todos andábamos colocando y recolocando el género una y otra vez. Movimientos múltiples, sin sacar labor alguna.

—Pam, pam, pam. ¡Si no abren dejaré aquí al niño!

—Pam, pam, pam. ¡Morirá sobre vuestras conciencias, judíos de mierda!

La puerta ya no era aporreada con un palo, pero los llantos y la conciencia sí. El que más servido estaba de ella, Abir, tiró de cerrajes y trancas y abrió la pesada puerta.

Un bulto de un rojo granate que ya tan solo gorgoteaba, guardaba la entrada. Abir lo atenazó con su mano y volvió a cerrar la puerta.

Sobre el mostrador abrieron aquel jubón pasado de moda y encontraron otro envuelto en seda cruda, dentro un bebé al que

le faltaba la voz para el llanto. Negro el pelo, largo, con el cordón umbilical desprendido y la circuncisión hecha. Una nota doblada, a su lado. Escrita en hebreo y francés.

—¡Shalom!

«Bendito eres, Oh, Señor, Dios nuestro, Rey del universo, que nos convertiste en vida, nos amparaste y nos hiciste llegar a esta época festiva.

Él se llama Benjamín.

ISABEL»

La mayordoma Rafaela, desde niña en su familia, que a este paso les iba a enterrar a todos, era la causante de que en aquella casa se hablara un francés labortano por su negativa a aprender aquel idioma de txotxolos (por el inglés).

—Señor Abel, mire esto.

Esto era el «cordón umbilical» al que habían hecho el nudo con un Luis de oro recién acuñado. Perplejo, Abel fue a tomarlo. Más rápida estuvo Rafaela que cogiéndolo.

—Ya lo guardaré yo, señor. Será parte de la dote de su cuarto hijo.

Benjamín se convirtió en Gómez perdiendo la Espada. Tanto ver los astilleros se convirtió en armador y así, como los Gómez de la Espada volvieron a Baiona, los Gómez se quedaron en Londres. Construyendo barcos, y poniendo a todos sus hijos, en primer o segundo orden, los nombres de Isabel o Rafaela. El Luis hacía años que calentaba el pecho de alguno de los Gómez.

Pensando en estas cosas, por agotamiento, cayó dormida.